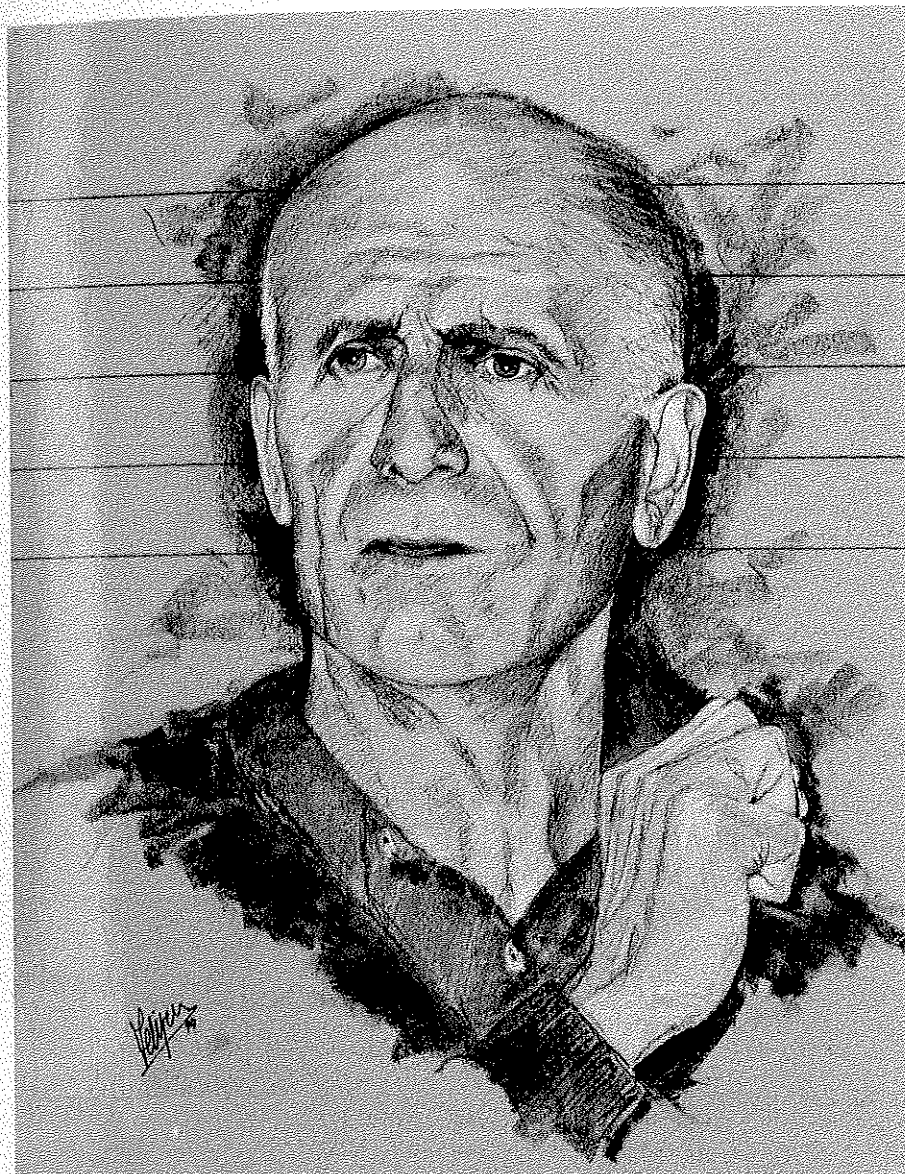


Udal Liburutegia / Ermua
Luis Mari Izaguirre : partitura
Moreno, Iñaki
B MOR lui BB-CL



6530615

ita
Ayuntamiento de Ermua
Ermuko Udala



RTITURA DE UNA VIDA

Iñaki Moreno

B
MR
II

LUIS MARI IZAGUIRRE SOLOZABAL
(1931-1994)

*En memoria de Luis Mari
Izaguirre, que hizo de su vida
una sinfonía en clave de sol.*

LUIS MARI IZAGUIRRE
PARTITURA DE UNA VIDA

por Iñaki Moreno



La Casa Valerio, en Erdikokale, vio nacer un 8 de agosto de 1931 a Luis María Izaguirre Solozabal, primer hijo varón del matrimonio compuesto por Félix Izaguirre y Juanita Solozabal. Luis Mari nació en el seno de una familia acomodada y ya desde temprana edad se vio obligado a diversificar su estancia entre su Ermua natal, en Vizcaya, y Barcelona.

Félix Asto o El Fraile eran los apodos con los que se conocía a su padre, toda una figura del deporte de la pala, cuya profesión obligaba a la familia a pasar largos periodos en la Ciudad condal. Su madre, sin embargo, siendo de la Casa Herrero, ponía el contrapunto tradicional a la actividad profesional del padre. Los chorizos de la Casa Herrero eran sobradamente conocidos por su calidad, siendo esta, que no la deportiva, la actividad que más adelante desempeñaría el propio Luis Mari, entre los numerosos oficios y aficiones que desarrolló a lo largo de su vida.

Entre todas ellas, sin duda, fue la música la que desde su más temprana edad marcó la personalidad de un todavía jovencísimo Luis Mari. Poco podía imaginar en aquel entonces lo que las cinco líneas del pentagrama acabarían suponiendo para él y para todos los que le rodearon.

Por caprichos del destino, quizá, en el seno de su familia contaban con uno de los pocos gramófonos, sino el único, que

existía en el municipio. Eran los años 30 y los discos de pizarra le permitieron escuchar por primera vez a los grandes divos del momento. Caruso, Felta o María Callas pasaron a formar parte de la memoria musical de un niño cuya cultura artística iniciaba ya su desarrollo. Luis Mari se fue impregnando de esas notas, esos acordes, que hicieron brotar y educaron una sensibilidad especial hacia el mundo del arte en general y hacia el de la música en particular.

Baste como ejemplo señalar que, cuando apenas contaba con ocho años, se incorporó como tiple al Coro Parroquial de Santiago Apóstol, de la mano de Cosme Zubizarreta y del organista Santi Ormaechea. También de aquella época datan sus primeras incursiones en las que podrían denominarse actuaciones de cara al público, cantando con acompañamiento de piano diversas interpretaciones musicales en el salón de la Casa herrero. No contaba aún con diez años pero ya había descubierto lo que era actuar para un público que, no hubo de esperar muchos años, para encontrar en Luis Mari a la persona que potenciaría y desarrollaría buena parte de la actividad musical y teatral de Ermua.

Tras realizar sus primeros estudios en la escuela local, Luis Mari cursó estudios de Bachiller en Bilbao y Madrid. Fue esta una época de hacer amistades y de compartir aficiones. Una época en la que el mundo de la música acabó de calarle en lo más hondo. Una época en la que tanto Bilbao como Madrid le permitían acudir a numerosos espectáculos de zarzuela, de teatro o de cine.

Disfrutaba, se impregnaba de lo que veía y saciaba su inquietud musical y artística. Asimilaba lo que podía, consciente o no de que todo ello revertiría en multitud de actividades a desarrollar a lo largo de su vida.

Finalizados los estudios de Bachiller regresó a su Ermua natal, donde los vecinos pudieron ver que, aunque todavía

joven, Luis Mari contaba ya con una personalidad definida y estaba artísticamente más maduro que muchos de los que le doblaban la edad y la teórica experiencia. Su afición por la música había aumentado considerablemente a la par que sus ganas por poner en práctica mucho de lo que, como espectador, había visto y oído.

Desde luego, el Salón Parroquial no era ni el Liceo y ni siquiera el Arriaga, pero en Ermua, en un momento de la historia en la que no existía la televisión -un lujo al alcance de unos pocos- cumplía con creces su función como local de espectáculos. Aquí fueron a desembocar las inquietudes artísticas de Luis Mari, expresadas a través de la puesta en escena de diferentes montajes teatrales, sainetes y obras varias. Y aquí fue también donde Luis Mari acabó por descubrir su verdadero amor, su verdadera pasión, la música, que le acompañaría a lo largo y ancho de su fructífera vida.

Es cierto que fue charcutero, juez y periodista, aunque todas estas profesiones no fueron sino el complemento puntual de una vida definida claramente por las cinco líneas del pentagrama y vivida en clave de sol. Luis Mari, gracias a esa honda pasión que sintió por la música, logró encontrar la fórmula para realizarse. Lloró, sufrió, disfrutó y amó a través de esta, consiguiendo vivir como y de lo que verdaderamente quiso. Sus ambiciones, proyectos y anhelos se hicieron realidad por medio de la Música.

Sin duda, Luis Mari ha sido único e irrepetible y quién sabe qué hubiera llegado a ser de haber nacido o vivido en otra época y lugar. Mas poco importa eso ya, toda vez que él mismo eligió Ermua como el destino de sus inquietudes y quehaceres.

Aquí fue el charcutero que hacía los famosos chorizos de Herrero. Fue el Secretario de Juzgado que casó y formalizó numerosos matrimonios. Fue el cronista que retrató con el

lápiz y el papel la realidad de su pueblo. Fue el cocinero de las grandes ocasiones. Fue el futbolista, entrenador y socio fundador del Ermua Club Deportivo. Y fue el alma mater e impulsor de una cultura musical que sin él, quizá, no hubiera existido.

Todo esto y más, mucho más, ha sido Luis Mari en Ermua. Una figura irrepetible e irremplazable cuyo vacío no resultará fácil de llenar.

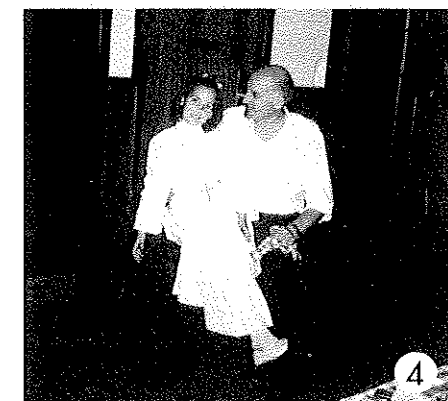
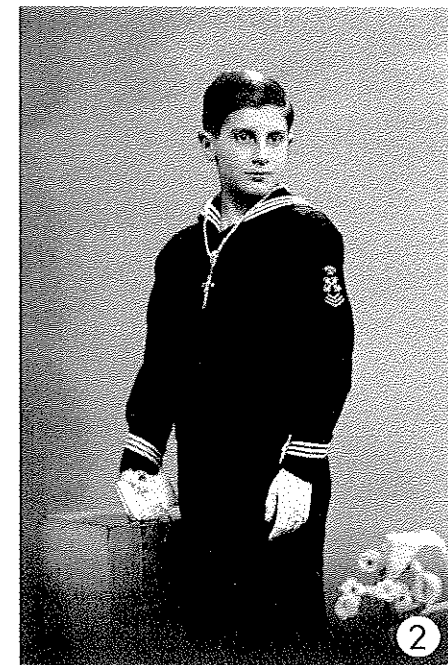


Foto 1: Con sus padres y hermano, en 1954.

Foto 2 y 5: De marinerito y de soldado.

Foto 3: Fernando y Luis Mari.

Foto 4: En la comusión de su sobrina.

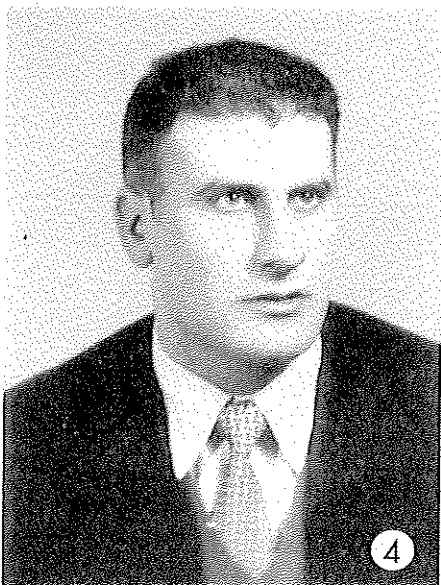
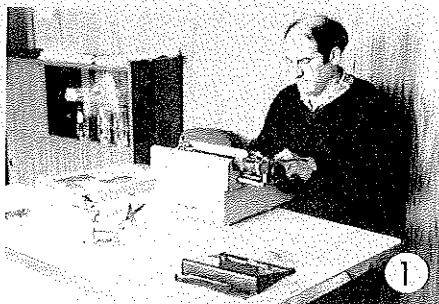


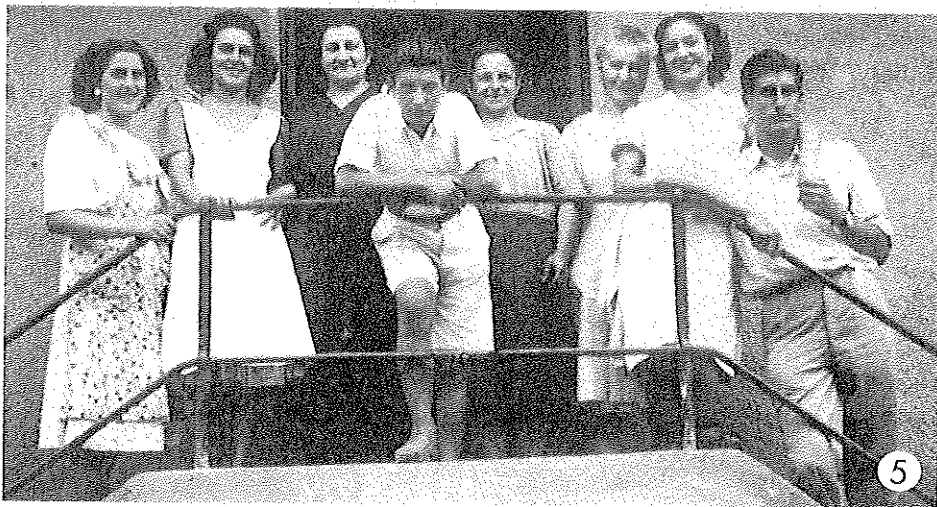
Foto 1: Como corresponsal del El Correo, en 1974.

Foto 2: Con sus tíos y primos.

Foto 3: Sus padres y abuelos.

Foto 4: Como un actor.

Foto 5: A la puerta de casa.



CANCIONES Y ZARZUELAS

Al igual que el pintor necesita expresar su arte por medio del pincel y el lienzo, o el escultor arrancar del interior de la roca la figura que se esconde dentro, Luis Mari necesitaba expresar su arte cantando, fuera donde fuera.

Todavía sin haber alcanzado la veintena de años, junto a Alejandro Zubizarreta, Luis Mari acostumbraba a cantar en los entierros. Precisamente él, para quien los funerales eran cualquier cosa menos de su agrado, no mostraba, sin embargo, ningún reparo en acudir a los mismos siempre que estos le brindasen la ocasión de cantar. Diez duros se pagaban entonces por cantar en los funerales, más era el simple gusto de cantar, que no el dinero, lo que impulsaba a Luis Mari a superar el rechazo a este tipo celebraciones eclesiósticas.

Con el mismo objetivo, esto es, saciar su gusto y ganas por cantar, no había festival benéfico o inauguración a la que no se sumara. ¿Qué había que cantar en la inauguración del colegio Aldatxe de Eibar, ante el, por aquel entonces, obispo Andreu?. Pues cantaba. ¿Qué había que acudir a la recientemente estrenada Radio Juventud de Eibar, invitado por Mateo Gilabert?. Pues acudía con unos amigos y cantaban una habanera. La cuestión era que por cantar no quedase.

Siempre se las ingenió para encontrar excusas válidas a las

que aferrarse para cantar. Y cuando no, las inventaba. Una cena de la cuadrilla, un partido de fútbol solventado favorablemente o una excursión, servían perfectamente. Aunque Luis Mari fue gran orador y ante todo, gran discutiador, él expresaba sus sentimientos cantando; siempre a través de la música.

Comenzó en el coro Parroquial, siguió con los sainetes y los festivales benéficos, pero su verdadero bautizo de fuego no llegó hasta que fue invitado a participar en la zarzuela "La del manojito de rosas".

Esta zarzuela fue llevada a cabo por primera vez, por vecinos de Ermua, en 1944. Se realizaron tres o cuatro representaciones y se olvidó la iniciativa hasta que, seis años más tarde, sus mismos protagonistas quisieron reverdecer los laureles obtenidos con el primer montaje.

Participaban en esta nueva puesta en escena Antonino Mallagarai, Benita Portale, Rafael Urreta, Totorika, Guridi y otros, y entre ellos se encontraba también Bautista Azpiri, quien interpretaba el papel de Espasa. Quiso la fortuna, sin embargo, que a Azpiri le acechara la llamada del matrimonio y dejara vacante un papel que le ofrecieron a Luis Mari.

La oportunidad la pintaban calva y este, con apenas 19 años aceptó la oferta de mil amores. Por fortuna contaban en el equipo con la experiencia de un Antonino Mallagarai que, lo mismo entendía de dirigir, que de coreografiar, así como de maquillar, consiguiendo transformar al joven Espasa en un Espasa añejo y maduro, acorde con lo que requería el papel.

Apenas se llevaron a cabo otras tres o cuatro representaciones, aunque fueron suficientes para que Luis Mari quedara definitivamente atrapado por la magia del escenario.

Había descubierto la poción mágica, la fórmula para dar vía libre a su pasión, la cual transformó en proyectos e iniciativas musicales que se sucederían unas a otras a lo largo de

su vida.

Ciertamente, la zarzuela "La del manojito de rosas" fue para él algo más que una actuación. Aún ahora, casi cuarenta años después de su bautizo de fuego, recordaba y era capaz de recitar sin error varios pasajes de su papel como Espasa. La iniciativa le fascinó y ya se encargó, a no mucho tardar, de volver a repetirla.

A la edad de 21 años, el Servicio militar obligó a Luis Mari a ausentarse del municipio y a romper con una actividad musical cada vez más prolija. No perdió, sin embargo, la oportunidad que la capital le ofrecía para seguir ahondando en su cultura artística y musical.

Con el también ermuarra Igartua, que residía en Madrid, acudía casi a diario a ver espectáculos de zarzuela. Una práctica esta que no abandonó a su regreso, siendo por aquel entonces y también ahora, uno de los pocos ermuarra que observaba como práctica habitual, o por lo menos no extraña o excéntrica, el acudir siempre que fuera posible a cualquier capital de provincia -lease San Sebastián, Vitoria o, principalmente Bilbao- a presenciar una buena obra de teatro, una zarzuela u ópera.

Tras el parón militar y después de pasar algún tiempo entre sainetes, montajes teatrales y festivales benéficos, nuevamente en 1960 le llegó la oportunidad, la gran oportunidad, de reencontrarse con la zarzuela.

El Club Landatxueta se propuso poner en escena El Caserío, contando para ello con la participación de Ana María Ruiz y Mari Carmen Gerrikabeitia, bajo la dirección de Urbano Ruiz de la Orden, actual director de la Banda Municipal de Bilbao.

Luis Mari interpretaba en esta zarzuela el papel de Tío Santi y gracias a él, actuó en Valladolid, Gijón o Palencia, ade-

más, lógicamente, de Bilbao, Ermua y otras muchas localidades de Euskal Herria.

De esta época han trascendido numerosas anécdotas entre las que cabría destacar una actuación en Valladolid capital. En plena interpretación Luis Mari sufrió un ataque de afonía que, lejos de echar por tierra la función, sirvió para que este hiciera gala de todo un repertorio de gestos y movimientos. El público, atónito ante lo que veía, solo tenía dos opciones: o abuchear o aplaudir, optando, como no podía ser de otro modo, por romper a reír y hacer así que el espectáculo concluyera en éxito rotundo.

En pleno apogeo musical y nuevamente con el trasfondo de una actividad benéfica, entre Pablo Guridi, Benita Portale y Eugenio Unamuno comenzaron a mover diversos hilos para organizar el montaje de El Caserío con actores y cantantes del pueblo.

El proyecto se planteó al objeto de recaudar fondos con los que poner en marcha lo que más adelante se transformaría en Aspace de Eibar. Como no, de inmediato se apuntó Luis Mari para volver a interpretar a Tío Santi. Igualmente se sumaron voces locales como Loren Goitandía, Isabel Iturriagagoitia, Ana Mari Crespán, María Elena Iturriagagoitia y el ya mencionado Pablo Guridi, todos ellos bajo la dirección de Moisés Gorosabel. Y no se puede olvidar, de ningún modo, que el hoy afamado y conocido actor local, Imanol Arias, también participó en el montaje, llevando a cabo la que bien pudiera haber sido una de sus primeras actuaciones ante el respetable.

Tras un año entero de preparativos y ensayos, confección de vestuario, atrezzo y decorados, un 30 de marzo de 1964 se estrenó El Caserío, iniciando en el municipio un largo periplo de actuaciones que se saldó con éxitos rotundos de público y críticas.

Bergara, Motriko, Elgoibar o Eibar fueron algunas de las

localidades que pudieron gozar con la ilusión que Luis Mari y otros muchos ermuañarras derrocharon en cada representación, en la que participaron por puro y verdadero amor al arte.

El único problema con el que topó esta zarzuela fue el que deparó el papel protagonista, el del tenor, que tuvo más de un interprete. Comenzó en manos del eibarrés José Ramón Orozco y llegó incluso a contar con la presencia del tenor donostiarra Carlos Munguía. Precisamente en esta época nació la amistad entre Luis Mari y Carlos, quien al término de su primera representación llegó a afirmar que nunca había actuado tan a gusto.

Entre esta segunda experiencia de zarzuela local y la tercera de "La rosa del azafrán", hubieron de transcurrir casi ocho años. Además, es necesario decirlo, el recuerdo que este tercer montaje dejó en el municipio no fue todo lo grato que se hubiera deseado.

Costó mucho su aprendizaje. Se ensayaba en el Batzoki un día sí y otro no para, después de tanto esfuerzo, llevar a cabo tan sólo una representación. Luis Mari y María Jesús Danborenea eran sus principales protagonistas y, a pesar de que el montaje no tuviera continuidad, se las arreglaron para llevar a cabo diversos festivales musicales en los municipios del entorno. El teatro Amaya acogió por aquel entonces uno de estos festivales, en el que ambos cantantes interpretaron con gran éxito fragmentos sueltos tanto de "La rosa del azafrán" como de otras zarzuelas conocidas.

El último de los proyectos de zarzuela que rondó la cabeza de Luis Mari fue el del montaje de "Katuska". Obra que ya en la década de los cincuenta estuvo a punto de materializarse y que en la actualidad no se hubiera podido llevar a cabo en tanto no se cumplieran ciertos requisitos mínimos. Entre estos, sobre todas las cosas, exigía poder contar con un equipo de gente volcada en la iniciativa, cuyo número no fuera

inferior al centenar. Gente que, al igual que antaño, debía estar concienciada y predispuesta a dejarse numerosas horas de ocio y tiempo libre en la consecución de la que hubiera podido ser la cuarta zarzuela montada enteramente en el municipio y por gente del pueblo.

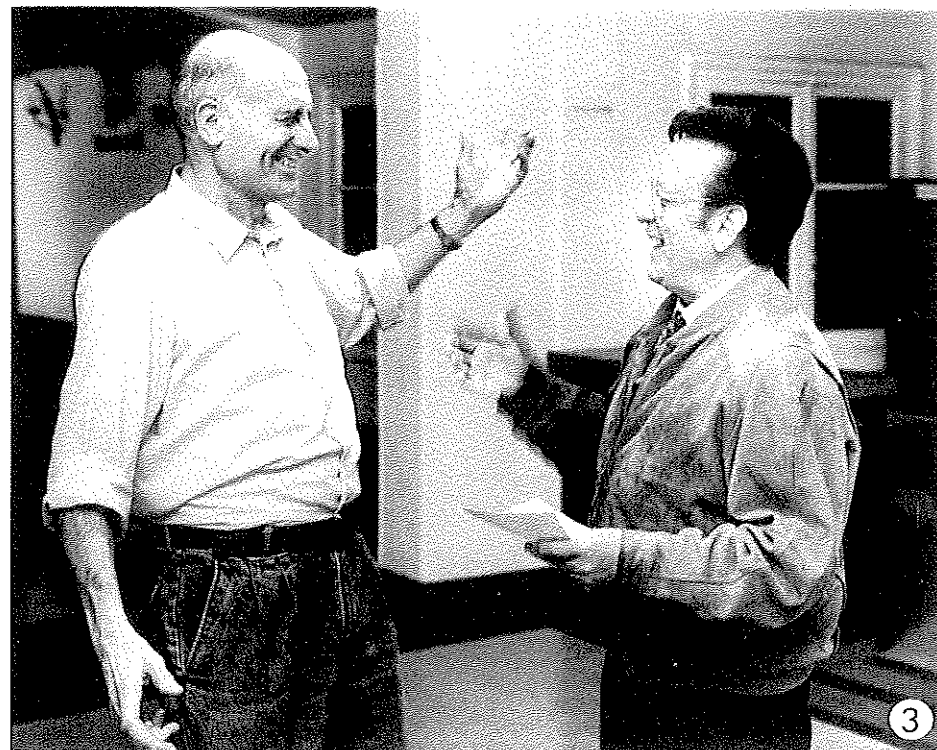


Foto 1: Representación de El Caserio en Ermua, en 1964.

Foto 2: Actuación de Abeslariak, en 1970.

Foto 3: Con su gran amigo, el tenor Carlos Munguía.

Foto 4: En Madrid, en 1972.

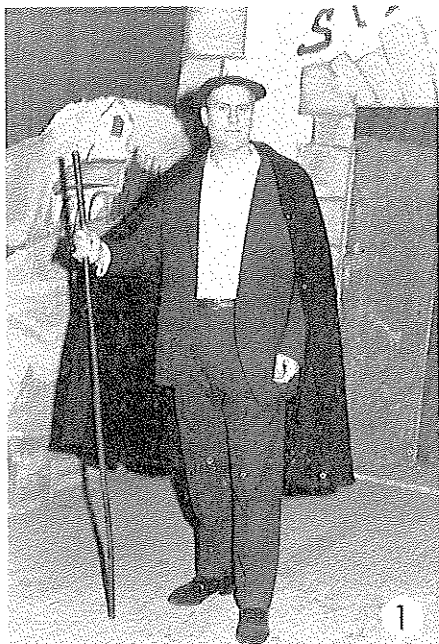


Foto 1: En plena faena.
Fotos 2, 4 y 5: Diferentes momentos de la coral Abeslariak.
Foto 3: Protagonistas de la zarzuela El Caserio.

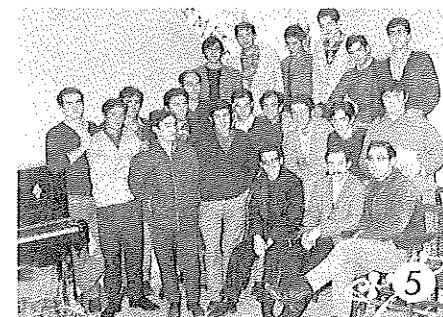


Foto 1: Caracterizado de Tio Santi, en el Caserio, 1960.

Foto 2: Interpretando como sólo él sabía, El Borracho.

Foto 3: De pasacalles por el pueblo.

Foto 4: Cantando con Ernesto Albizu, en un festival.



SU PASION POR LAS CORALES

El movimiento coral en Ermua comenzó en el ámbito parroquial. Bajo la dirección de los curas Txomin Solabarrieta, primero, y Julián Gaztelu, después, tanto hombres como mujeres compartían en el municipio su afición por el canto.

Hacia finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta, fue Luis Mari el que tomaría bajo su responsabilidad la dirección de la coral. No obstante, no fue hasta diez años más tarde, hacia 1971, cuando irrumpió en la vida cultural municipal la coral de voces graves Abeslariak.

La inquietud musical de una treintena de ermuarras y los arrestos de Luis Mari, interesado desde un principio en la dirección de la coral, fueron los que fundaron Abeslariak. La agrupación que durante años ha portado el estandarte cultural del municipio, con innumerables actuaciones por toda la geografía de Euskadi y allende sus fronteras, llegando a alcanzar la internacionalidad.

Con la coral Abeslariak se cumplía un sueño, otro más, de los que Luis Mari transformó en realidad a lo largo de su vida.

A través de la coral volvía a canalizar parte de todo ese universo musical que Luis Mari siempre llevó dentro. El era el elemento aglutinador, el punto de confluencia de diferentes

intereses y amistades unidas por y para la canción. El dirigía la coral, formaba nuevos componentes y buscaba y arreglaba nuevas partituras con las que Abeslariak fue ampliando y enriqueciendo un repertorio que para sí querrían otras muchas masas corales.

Abeslariak, por su parte, le ofrecía la oportunidad viajar, de actuar y de sentir lo que todo artista encuentra en el aplauso de un público agradecido. La música era su vida y él, sin más, procuraba vivir musicalmente.

Luis Mari fue parte importante del resurgir y potenciación de una actividad coral especialmente relevante en el ámbito municipal desde finales de la década de los ochenta. Impulsó y recibió con gran agrado la llegada al panorama musical ermuarra, en 1989, de la coral infantil de voces blancas Alboka, dirigida por su gran amiga Maria Elena Iturriagoitia. Asimismo, fue el principal impulsor de la formación de la coral Pispilu, la cual, aún sin plegarse a sus deseos como director, de llamarse Puspillu, si que colmó verdaderamente uno de los anhelos por él largamente esperados.

Desde los tiempos de formación en la Coral Parroquial, Luis Mari siempre echó de menos el sonido de una masa coral mixta. Y aunque continuamente afirmaba que para conseguirlo sería imprescindible contar casi con el doble de mujeres que hombres en la agrupación, con la puesta en marcha de Pispilu consiguió ver cumplido uno más de sus sueños. Este no era otro que el de poder ver sobre un escenario a hombres y mujeres, y también niños, todos de Ermua, interpretar bajo su batuta obras tan significativas como el Nabuco, de Verdi. Algo que consiguió, como no, con la organización de los ya tradicionales festivales de santa Cecilia; eventos musicales que, como no podía ser menos, surgieron, una vez más, de una iniciativa benéfica de las corales, empeñadas en recaudar fondos con los que abonar parte del presupuesto de unas obras que se realizaron en la iglesia de Santiago Apóstol, su local de ensayo.

Como se puede apreciar, Luis Mari fue una persona hiperactiva cuando de música se trataba. Conciertos de primavera, ensayos con Abeslariak y Pispilu, preparativos para festivales, clases de vocalización a diversos alumnos, todo, o casi todo, era capaz de llevarlo a cabo casi al mismo tiempo y con ilusión, que es lo importante. Y, aún a pesar de tanta actividad, fueron muchos los proyectos e ideas que no logró materializar.

De igual modo que ocurría últimamente con el proyecto de la zarzuela "Katiuska", que no dejaba de rondarle la cabeza, en 1965, tan sólo un años después de estreno en Ermua de "El Caserío", comenzó a barajar seriamente la posibilidad de poner en marcha "La tabernera del puerto", repartiendo los papeles principales a Pakito Zubikarai y Laurita Bilbao.

Otro proyecto mucho más cercano en el tiempo, al que también le dio vueltas en esa cabeza privilegiada que tenía, fue el de llevar a cabo una unión de las corales de Durango, Berriz, Zaldibar y Ermua, para cantar a modo de concierto itinerante en estos mismos municipios, la segunda pontifical de Perossi.

Le hubiera gustado poder llevar a cabo la organización de un concierto coral conjunto, a nivel local, interpretando la Misa Criolla, sin olvidar los contactos que mantuvo en 1994 con el director y máximo responsable del Taller Municipal de Teatro de Ermua, el argentino Ricardo Combi para, juntando las corales y el grupo teatral, organizar un singular espectáculo en torno a "Las arrecogías de Santa María Egipcíaca".



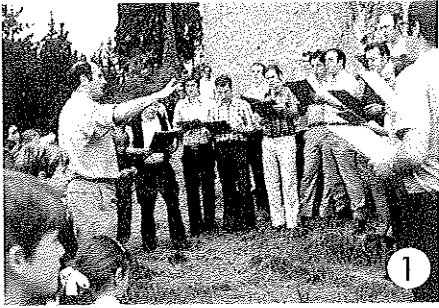
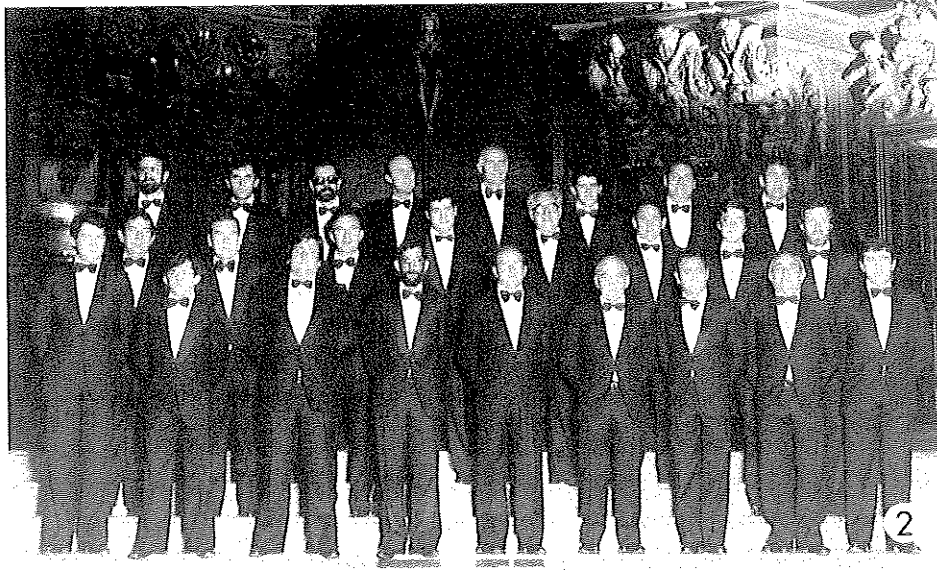


Foto 1: Primera actuación de Abeslariak en San Pedro.

Foto 2: Con los años, la coral ganó en elegancia y experiencia.

Foto 3: La coral Pispilu, por contra, ya nació elegante.



TEATRO

Luis Mari se jactó siempre de conocer y de haber visto por lo menos una vez más de doscientas operas y zarzuelas. Y si esto ya de por sí podría resultar chocante para una persona nacida y crecida en un municipio como el de Ermua, con una oferta totalmente limitada a este nivel, tampoco dejaba de asombrar la cantidad de obras de teatro, espectáculos de farándula o tardes de cine que contaba en su haber.

Tenia, como recuerdan todas sus amistades, una afición innata hacia todo aquello que se desarrollara sobre o desde un escenario. de hecho, Luis Mari era en su juventud uno de esos personajes diferentes, para los que no era un trabajo, sino un placer, viajar hasta Bilbao y derrochar el tiempo libre entre las cuatro paredes de un teatro.

Con apenas 18 años, solo o en compañía de amigos, no desaprovechaba las visitas que las grandes compañías de teatro realizaban por aquel entonces en sus giras a alguna de las capitales de provincia, siempre que quedasen dentro del radio de acción del tren o el autobús, y del coche cuando había suerte.

Catalina Bárcena, María Ladrón de Guevara, Ramón Rivelles, Irene López Heredia o Lili Muratti, fueron algunas de las grandes personalidades del mundo de la interpretación

que pudo ver en directo en su juventud. Además, a Luis Mari le cundía verdaderamente la entrada a los espectáculos, por cuanto que a su término no dudaba un instante en acudir a camerinos y presentarse a los protagonistas.

Tras una representación de "Doña Francisquita" conoció personalmente a Alfredo Kraus. Mari Sampere o Paco Martínez Soria dejaron grato recuerdo en aquel joven al que le parecía lo más normal del mundo autopresentarse. Ahora bien, ese Luis Mari que conocieron los grandes artistas, no era el Luis Mari de las cenas de cuadrilla, ni el de andar por casa; era el Luis Mari de las grandes ocasiones, el Luis Mari elegante y educado, el Luis Mari señor que llevaba dentro y afloraba cuando la ocasión lo requería.

Toda esta sapiencia teatral, adquirida a base de ver, oír y aprender, se le unió a esa inquietud artística innata que llevaba dentro, y fruto de todo ello nacieron montajes como "La muralla", "Armando gresca", "Anacleto se divorcia" o "Los intereses creados" que él representó en su municipio, como no, de protagonista.

También en esta faceta teatral, como hiciera anteriormente con Imanol Arias, Luis Mari ejerció de padrino en las primeras tablas de otro actor ermuarra, internacionalmente conocido, como fue Cosme Cortazar.

Nunca olvidaron, ni Cortazar ni Arias, el apoyo y el ánimo que Luis Mari les insufló en su mocedad. Ellos consiguieron dar el salto. Arriesgaron y ganaron, pero salvo ellos y sus familiares, pocos se alegraron en Ermua más que Luis Mari por el éxito que alcanzaron en sus carreras profesionales.

De algún modo fueron sus hijos artísticos, ya que heredaron ese extraño don que distingue a todas aquellas personas capaces de crear arte. La diferencia estriba en que Luis Mari optó porque su legado quedara en su pueblo, Ermua, que estaba, como ahora está, falta de muchos Luis Maris.

DEPORTES

Quizá, por la época que le tocó vivir o, quizá, porque efectivamente los hados del destino eligen a veces a algunas personas para dotarlas con el don de la obra y la acción, lo cierto es que la misma inercia que fue haciendo de Luis Mari una personalidad imprescindible de la cultura musical de Ermua, se extendió también a otras facetas de su vida, como por ejemplo la deportiva.

Con una planta de casi dos metros y un padre que lo fue todo en el mundo de la pala, no tenía excusa para no romper con el tópico de que la actividad deportiva y la creativa no casan debidamente. Eso sí, siendo como era único en llevar la contraria por el mero hecho de fomentar la discusión, en lugar de dedicarse a la pala, como todo buen hijo hubiera hecho en su caso, decidió que lo suyo era el fútbol, entrando a formar parte de lo que en su día, sobre 1950, dio en llamarse el San Lorenzo.

Poco tiempo hubo de pasar antes de que los componentes del San Lorenzo crearan lo que hoy se conoce como el Ermua Club Deportivo, del que Luis Mari, lógicamente, fue socio fundador, llevando siempre con orgullo el carné número uno de la entidad deportiva local.

Posteriormente, conforme vio que los años no pasaban en

balde y menos para una torre como él, se hizo entrenador y pudo así continuar ligado a un club que él mismo había ayudado a fundar. Y para rematar la faena y poder de este modo seguir mojando pan en la salsa deportiva, no pudo elegir mejor ocupación que la de hacerse cronista deportivo, escribiendo para El Correo Español-El Pueblo vasco las noticias que sobre deportes generaba el municipio.

Incluso en esta faceta deportiva, de la que no hay que olvidar el apartado de la pelota, por la que también trabajó, Luis Mari no dejó nunca de ser original. La ya señalada afición por llevar la contraria le hizo sacarse hace muchos años el carné de socio del Athletic de Bilbao, aunque en realidad fuese de la Real Sociedad. La cuestión era buscarle un aliciente más, un nuevo interés a las tardes futbolísticas, que no se perdía a no ser por razones de verdadera fuerza mayor.

De la Real o del Athletic, de donde realmente fue es del Ermua C. D. Club que ayudó a crear y que vio crecer con la esperanza de animar algún día en la Tercera División.

Acudía a todos los partidos del primer equipo, ya jugara fuera o en casa. Conocía todos los campos de fútbol entre la categoría regional y la primera división de la provincia. Conocía también a los jugadores de equipos inferiores del Ermua y mantenía contacto y seguimiento con los que acababan siendo fichados por otros clubes de más envergadura y categoría. Y es que Luis Mari hubiera dado parte de su vida por que algún jugador rojillo, que él vio formarse futbolísticamente, hubiera recalado en alguno de los grandes de la primera División.

Instauró un trofeo de final de temporada para el primer equipo local. Participaba de sus cenas, viajes y celebraciones y en ellas disfrutaba como el que más. Siempre tenía tiempo para aconsejar y aleccionar a aquellos jugadores que especialmente le agradaban, y pocas, muy pocas veces, sus críticas

hacia el equipo iban más allá de los simples reproches. Tanto es así que hoy es el día en el que sus conocidos coinciden en afirmar que fue mejor jugador y entrenador que cronista.

Nunca, ni cuando verdaderamente lo mereció, fue capaz Luis Mari de escribir del equipo como hubiera debido. Para él, los peros se encontraban en el estado del terreno de juego, en la imparcialidad del colegiado, o incluso en el viaje en autobús. Aunque en el fondo Luis Mari sabía perfectamente que al Ermua C.D. de entonces, igual que al de ahora, lo que realmente le afectaba era el trasnoche y el tener que madrugar el domingo para disputar los partidos a domicilio, mayoritariamente por la mañana.



Foto 1: El San Lorenzo en 1948



Foto 2: Luis Mari con el equipo de trasnochadores del 62.

Foto 3: El san Lorenzo poco antes de ser el Ermua C.D.

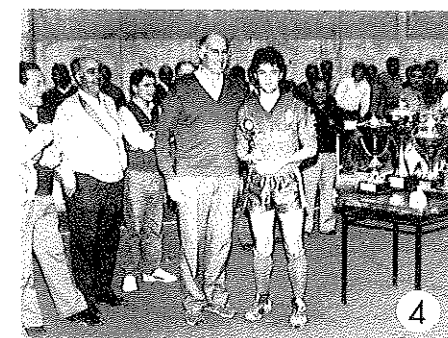


Foto 1: Entregando premios en un campeonato de pelota.

Foto 2: Con los trasnochadores, en 1967.

Foto 3: Como entrenador del ermua, en 1965

Foto 4: Haciéndole entrega A Patxi Lopez de un trofeo.



TRABAJO

Al margen de la afición que profesaba a la música y los espectáculos, que fueron realmente toda su vida, los quebraderos de cabeza de índole profesional no comenzaron a afectarle a Luis Mari hasta que le faltó la familia. Mientras vivieron sus padres y su hermano Fernando, desarrolló el oficio que profesó su madre, produciendo los famosos chorizos de la Casa Herrero.

Luis Mari cursó estudios en el Colegio de Charcuteros de Madrid, ampliando conocimientos en la Escuela de Charcutería de Lleida. Dio así un carácter profesional a un oficio, el de charcutero, que desempeñó con maestría, a pesar de los comentarios que sus conocidos y allegados jocosamente le hacían, en relación a que lo único que sus chorizos tenían de cerdo fuera la mano de obra.

Lo cierto es, que los chorizos de la Casa Herrero eran al embutido poco menos que lo que el jabugo a los jamones, ya que se consumían en todo el País Vasco, solicitándose también en diversas ciudades españolas, como Barcelona o Madrid.

En Ermua y municipios limítrofes se hizo tradicional la imagen de Luis Mari -casi dos metros de humanidad- subido a una Lambretta que empleaba como medio de locomoción para efectuar el reparto de chorizos en la zona. Acostumbraba a

hacer las entregas personalmente en los restaurantes y establecimientos de más renombre donde, a falta del label de calidad, los chorizos se pedían por su nombre, este caso chorizos de Herrero.

Otra de las profesiones en la que Luis Mari destacó y en la que llegó a ser toda una institución y un ejemplo a seguir para muchos que llegaron detrás, fue la de periodista, trabajando como corresponsal de Ermua para El Correo Español-El Pueblo vasco.

Inició su andadura apenas se abrió la delegación de El Correo en Eibar, convirtiéndose en el testigo directo de la realidad social, cultural y deportiva del municipio.

La firma bajo el seudónimo de Herrero acompañó miles de crónicas en las que quedaron retratados sucesos, anécdotas y noticias de su villa natal. En calidad de cronista, participó, animó y vivió de forma directa su pueblo. Era la letra de un municipio que se alarmó con un robo y disfrutó con un evento festivo, que discutió una crónica de indole política o anheló una victoria de los futbolistas locales, siempre a través de los escritos de Luis Mari.

Nunca necesitó un caso Filesa o un caso Roldán, ni recurrió al sensacionalismo o al morbo para mantener cifras de venta o lectores. El, simplemente fue el cronista de un pueblo, único e irrepetible, para el que un enlace matrimonial o un chascarrillo eran más que suficientes para comunicar; palabra mágica en la que Luis Mari se doctoró tras cursar toda una vida en la Universidad Complutense de la Villa de Ermua.

La firma de Herrero fue famosa en la delegación eibarresa, en la que, hasta que se retiró a finales de los 80, fue por muchos años el periodista más veterano. Por ello y porque su personalidad y humanidad trascienden siempre hasta el plano profesional, labró amistades perennes, más allá del plano estrictamente laboral.

Aún cuando ya estaba totalmente desvinculado de la delegación, siempre se guardaba un décimo de lotería para Luis Mari y siempre se le apuntaba como comensal a toda cena o comida que se organizara, porque de seguro iba a estar presente.

También en esta faceta, como sucediera en la interpretativa, Luis Mari topó con personalidades -entonces sólo personas- del mundo televisivo. No pocas veces recordaría el verano en el que tuvo que encargarse de maquetar la edición Guipúzcoa de El Correo, enseñando a dar sus primeros pasos a un bisoño Antxon Urrusolo que aprendió entonces lo que era un cícero, una entradilla o abrir una página con una noticia a cuatro columnas.

Por último, para aquellos vecinos del pueblo que no le conocieron en ninguna de sus facetas artísticas, ni charcuteras o periodísticas, Luis Mari fue el señor del juzgado; señor porque trató a todos, delincuentes o no, con la misma educación, y del juzgado, porque en Ermua desempeñó todo tipo de labores inherentes a la institución, a pesar de que oficialmente él era Secretario de Juzgado.

Desde 1974 hasta el día de su muerte, Luis Mari ejerció de secretario del juzgado de Ermua, pasando posteriormente por los juzgados de Durango y Eibar, donde dejó huella imborrable tanto por la labor realizada, como por su compañerismo y el carácter humano que imprimió a su trabajo.

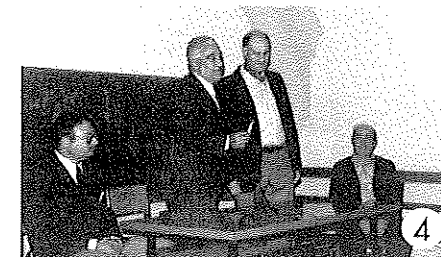
Mientras estuvo en Ermua, Luis Mari lo fue todo en el juzgado. Fue Juez, Secretario y Oficial. Lo mismo se encargaba de casar por lo civil como de inscribir en el registro a los hijos e hijas fruto de esos mismos matrimonios. Jóvenes, algunos de los cuales debió localizar y citar para personarse en el juzgado de Durango.

En el juzgado de Ermua, del que durante años se encargó él sólo, por incomparecencia del juez oficial, llegó incluso a

decretar el levantamiento de algún que otro cadaver. Afortunadamente todo este trabajo no pasó desapercibido en las altas instancias, ya que condecoraron a Luis Mari con la Medalla de Justicia de San Raimundo de Peñafort.

Tampoco en esta faceta su personalidad, talante y don de gentes pasaron desapercibidas, haciendo grandes amistades no sólo entre sus compañeros y compañeras de los juzgados de Durango y Eibar, sino también y sobre todo, entre los delincuentes.

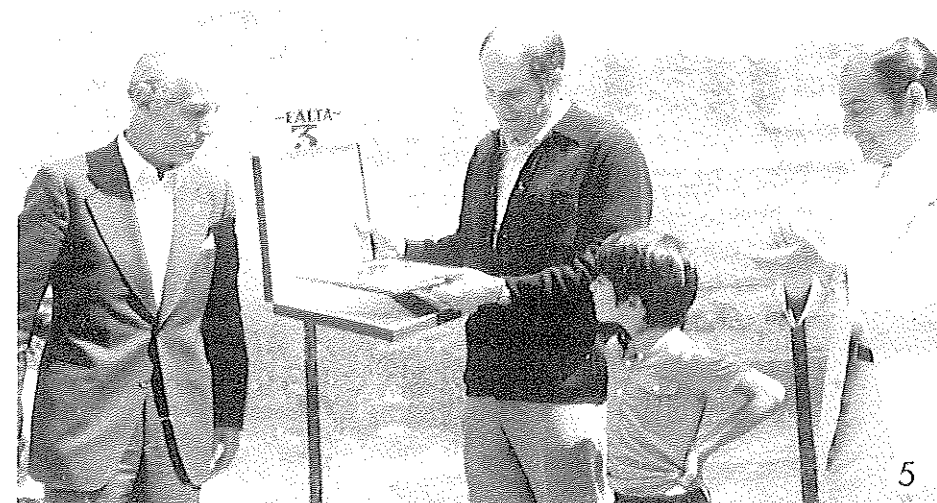
Luis Mari, sin duda, tenía algo especial. Tanto que en los tiempos que corren, le bastaba la promesa del delincuente de que acudiría ante el juez, para hacer efectiva una citación sin recurrir a la búsqueda y captura. Esos mismos delincuentes eran los que luego, una vez en la calle, invitaban a su amigo del juzgado a tomar un vino en cualquier bar.



Fotos 1, 3 y 5: Homenaje póstumo a su padre, Felix izaguirre, en 1976.

Foto 2: Comida homenaje.

Foto 4: Imposición de la medalla de Justicia, por su labor en el juzgado local.



CUADRILLAS Y AMISTADES

Tras la muerte de sus padres y hermano, Luis Mari quedó solo, pasando a representar lo que para muchos suele ser el papel de chico viejo.

Nada más alejado de la realidad, ya que si bien es verdad que, a nivel familiar perdió a sus seres más queridos, en realidad Luis Mari nunca llegó a sentirse ni solo, ni viejo, aunque sí, muy chico, derrochando un espíritu joven que le permitió llevar a cabo todo lo que realizó.

No se pudo sentir solo. No era posible. Siempre tenía algo para hacer y alguien con quien hacerlo. No hay que olvidar que Luis Mari hizo de la música, el teatro, el folklore, el deporte, el trabajo o la cuadrilla, una nueva y gran familia, en la que cada proyecto era un hijo, cada comida una celebración y cada nuevo día un reto que le empujaba a vivir.

Su círculo íntimo lo constituían los compañeros de sociedad. Amigos que crecieron con Luis Mari y que vivieron, padecieron y disfrutaron de sus peores y mejores momentos. Ahora bien, amigos, lo que se dice amigos, tuvo tantos, que cada una de las facetas de su vida acabó constituyendo una pequeña familia, enmarcada en ese mundo compuesto, complejo e interesante, que fue su vida.

Los amigos del equipo de fútbol, los del juzgado, los de las corales, los del periódico, los de la sociedad, los quintos, todos y ninguno, fueron la cuadrilla de Luis Mari. El, era demasiado importante para ser monopolizado y por ello, en la medida que le fue posible, practicó la omnipresencia, robándole tiempo al tiempo para vivir la vida en medio de tanta familia.

Pocas personas habrá en Ermua que aparezcan en mayor número de álbumes fotográficos. Y es que ha servido un simple llamamiento a los ermuarras solicitando fotografías de Luis Mari, para reunir en apenas unos días más de 300. Por una causa o por otra, el caso es que Luis Mari se cruzó en la vida de cientos, puede que miles, convecinos suyos, con los que un día fue de excursión, otro participó en una comida, o bien coincidió celebrando las fiestas patronales.

Cualquiera que, guiándose por las fotografías de quintos, intentara averiguar la fecha de nacimiento de Luis Mari, cometeria obligatoriamente una equivocación, ya que estuvo presente en excursiones y comidas con ermuarras nacidos antes y después que él.

Tenía, es verdad, amistades verdaderamente allegadas que constituían su círculo personal. Casualmente eran aquellas personas con las que más discutía -ya se sabe que donde hay confianza ... - Pero no es menos cierto que casi la totalidad de Ermua era su cuadrilla y lo mismo alternaba con el equipo de fútbol local como con la cuadrilla del "quinqui" al que momentos antes, en el juzgado, le había tomado declaración.

Ahora bien, cuando se trataba de ir de juerga, Luis Mari siempre prefirió ir con la juventud, ya que como solía recordar, para viejo ya era él bastante.



1



2

Foto 1: Luis Mari y compañía. El era el hombre del saco.

Foto 2: Se nota que ganaron la Eurocopa del 59

Foto 3: Los siete magníficos.

Foto 4: Así era la juventud de Ermua en 1948. Cuantos querrían recuperar esa edad.



3



4

CHASCARRILLOS

Innumerables anécdotas se podrían contar en torno a la personalidad de Luis Mari, aunque dos frases sirven perfectamente para definir su forma de ser en el aspecto lúdico-festivo: era capaz de apuntarse a un bombardeo y fue siempre el perejil de todas las salsas.

Tenía un don, un algo especial y diferente que hacía que se adueñara de toda situación. Cuando Luis Mari entraba en acción, siempre acababa por meter en canción, y nunca mejor dicho, a todo aquel que estuviera en rededor suyo. Ya fuera una actividad cultural, social o deportiva, si había algo que celebrar y ello era de su agrado, de seguro había ambiente. Y si además, entraba la música por medio, ya estaban todos los ingredientes necesarios para que hiciera aparición el Luis Mari ingenioso, divertido y escandaloso que contagiaba de humor y alegría el evento en celebración.

Como ya es sabido, Luis Mari fue amante de proyecciones cinematográficas, espectáculos de teatro, ópera y farándula, y no perdía nunca ocasión para acudir los mismos. Corría la década de los 60 y, tras una representación de "El Caserío" en Valladolid, en una de las múltiples actuaciones que llevó a cabo el Club Landatxueta, Luis Mari y un grupo de amigos salieron tras la actuación con intención de disfrutar de la

noche vallisoletana. Tras preguntar por un local recomendable, el grupo acabó en El Lido, club cuasi de alterne que contaba con espectáculos musicales. No obstante, no debían ser estos del agrado de Luis Mari, ya que ni corto ni perezoso, se levantó, fue hasta el escenario y haciéndose con el micrófono comenzó a cantar como él sabía.

Todos los presentes, fulanas y clientes, tomaron inmediatamente asiento sorprendidos ante lo que en toda regla fue un recital solista. Una canción tras otra, los aplausos llenaban el local, mientras que botella de cava tras otra, sin haberlas pedido, fueron llegando a las mesas de la cuadrilla que acompañaba a Luis Mari. Este, con el micrófono en la mano y cantando, disfrutó como solo él sabía hacerlo, aunque sus amigos, gracias al espumoso, tampoco se quedaron a la zaga.

El cava fue el pago del dueño de El Lido a la soberbia actuación de Luis Mari, quien por su parte ya se encargó de cobrarse en aplausos la intervención musical.

Para este tipo de cosas no tenía, ciertamente, mucha vergüenza. Su sentido del ridículo no casaba con su pasión por actuar. Y quien dice actuar no quiere decir sólo cantar; contar chistes, historias, o chascarrillos eran su especialidad y cuando estaba en vena era el rey, el amo del espectáculo y la juer-ga.

No podía aguantarse. Cuando el ambiente que le rodeaba era de su agrado, ya podía tronar o diluviar que de seguro se apuntaba. De echo, ya ocurrió una vez hace años cuando, en la época en la que era entrenador del Ermua C.D., al término de un partido en Llodio, le coincidió en las inmediaciones del campo de fútbol una pequeña jarana. El y otros cinco jugadores se apuntaron a la misma y allí se quedaron. El autobús regresó a Ermua a la hora convenida sin Luis Mari y compañía, que volvieron, tarde y como pudieron, pero eso sí, felices y contentos.

Era en estas tardes de juer-ga cuando afloraba de dentro de sí la parte de mujer que todos llevamos dentro y no solemos saber sacar. Luis Mari era Juana la Loca, Lola Puñales, Pastora Imperio o la Faraona. Amaba el folklore andaluz y con la habilidad que todos le reconocían para la imitación, bordaba este tipo de actuaciones.

De Despeñaperros para abajo, el Luis Mari del juzgado o el director de corales daba paso a ese gran actor y personaje singular que hubiera podido hacer carrera artística de haber marchado a Madrid.

Por muy poco no lo logró cierta vez que, tras acudir Luis Mari y unos amigos a visitar a unos conocidos a Viana, decidieron luego todos ir al teatro El Bretón, de Logroño, a presenciar una revista.

Tras conseguir butacas en la primera y segunda filas, disfrutaron con una panorámica inmejorable un espectáculo que, poco se imaginaban los compañeros de Luis Mari, en realidad estaba aún por llegar.

En algunas revistas solía ser costumbre, a la hora de hacer el bis, exponer una gran pantalla frente al escenario con la letra de la canción, para que el público pudiera participar en la repetición del número principal. Como no, Luis Mari, que estaba en la primera fila, puso de pie los casi dos metros que tenía y comenzó a cantar como si de la mismísima vedette se tratara.

El foco se olvidó del escenario y apuntó directamente a Luis Mari. Mientras sus amigos, muertos de vergüenza, intentaban esconderse bajo los asientos, el público de la platea y patio butacas continuó pendiente de la actuación de aquel desconocido, al que aplaudieron a rabiar cuando concluyó la canción.

El director de la orquesta se acercó a estrechar la mano de Luis Mari. La vedette bajó del escenario y le dio dos besos y a

buen seguro que todos los asistentes a aquel espectáculo de revista guardaron en su memoria un acontecimiento tan singular. Luis Mari, como en él era habitual, se hizo una vez más con las riendas del espectáculo demostrando que entre candilejas -hoy en día focos- no había otro como él.

Luis Mari demostró que era único. Pero no era único solamente en lo que a la canción se refería, ya que contando chistes y ambientando comidas y celebraciones, también necesitaba que se le diera de comer aparte.

Se disputaba el torneo interpueblos de pelota que enfrentaba fuera de casa a los ermuarras contra los de Apatamonasterio. Una excusa inmejorable para organizar una excursión, que continuó en el teatro en Bilbao, viendo la obra de Pedro Osinaga, "Se infiel y no mires con quien", y que concluyó en el restaurante Víctor, regentado por "La Chaparrosa".

Luis Mari y los amigos tenían la noche inspirada y comenzaron a contar todo tipo de sucesos y chistes. No sólo su mesa sino el local entero se las veía y se las deseaba para poder cenar, de tanto que se estaban riendo los comensales con las ocurrencias de Luis Mari y compañía.

Llegados a este punto, los propietarios del restaurante optaron por ponerles un biombo a los ermuarras, para intentar que el comedor se tranquilizara. Mas la medida resulto inútil, ya que fueron los propios clientes de las mesas contiguas a la de Luis Mari los que pidieron que se retirara el biombo, para poder de esta forma, también ellos, participar de la juerga que se estaba organizando. Querían ver la actuación en la que se convirtió aquella memorable cena y por nada del mundo perder un postre de carcajadas que hubieran degustado hasta pagando.

Igualmente memorable resultó otra cena que celebró la coral Abeslariak conjuntamente con otras corales, en Getaria. En el transcurso de la misma, Luis Mari comenzó a cantar -y

representar- la canción argentina "El borracho". Sin duda, su tema preferido, el que mejor interpretaba y con el que llegó a hacer llorar a muchos oyentes en más de una ocasión.

Conforme cantaba, tal era el sentimiento que ponía en la interpretación, que el director de la coral de Zarautz, comenzó a decir que aquello era una auténtica vergüenza, que cómo el director de la coral ermuarra podía haber cogido una borrachera semejante, tratándose como se trataba, de una comida entre corales. No podía creer que aquello que estaba viendo fuera tan sólo una actuación, a pesar de que así se lo estaban asegurando sus propios comensales.

Sólo tras los aplausos de los presentes, muchos de los cuales ya habían oído hablar de la fama de la interpretación de "El borracho" de Luis Mari, y ver que, efectivamente, Luis Mari estaba sereno, fue cuando el propio director de la coral Zarautztarra, calificó como genial el espectáculo que había tenido la fortuna de presenciar.

Luis Mari, en definitiva, era el perejil de todas las salsas. Sería difícil hacer una lista de aquellas cosas que para él no tuvieran interés. Ya fuera la pelota, el fútbol, la música, el teatro, el folklore o la gastronomía, todo le resultaba atractivo e interesante, contagiando a sus allegados ese mismo interés, por medio del empeño e ilusión que derrochaba en cada una de estas facetas.

Festivales, zarzuelas y corales no hubiera habido en Ermua de no ser por los arrestos, el empuje y el amor que profesó a todo lo que hizo. El era así y esa era su vida. Si se le metía en la cabeza un proyecto concreto, una idea atractiva, dedicaba cuerpo y alma en llevarla a la práctica, exigiendo, eso sí, de todos aquellos que se involucraran, el mismo esfuerzo y trabajo.

Era una persona inquieta y activa que gozaba trabajando por lo que le gustaba. Amaba lo que hacía y en ello se volcó,

sobre todo a raíz de la pérdida de sus familiares más allegados.

Ese tesón y esa ilusión con las que afrontaba sus proyectos recordaba mucho la actitud obcecada de los niños cuando quieren conseguir un capricho. Si Luis Mari tenía algo en la cabeza, no paraba de molestar, recordar o exigir, hasta que lo conseguía.

De igual modo, disfrutar, lo que se dice disfrutar, siempre disfrutaba como los niños. Y si no, basta observar las fotos obtenidas durante una excursión de la coral Alboka a Madrid, con actuación y visita al parque de atracciones incluida, para descubrir al niño que Luis Mari llevaba dentro.

A pesar de tener implantado un marcapasos y a pesar del empeño puesto por los organizadores del viaje en montarle sólo en las atracciones más tranquilas, Luis Mari olvidaba marcapasos y fechas de nacimiento para exigir emociones fuertes.

El, cuyo problema cardiaco era tener una pulsación baja, conseguía en la montaña rusa, en el martillo o en atracciones similares, que se le acelerara el pulso y el corazón. Y aunque acababa tan mareado como sus compañeros de viaje, desde luego no estaba para ingresar en La Paz, como muchos temían que ocurriría, sino todo lo contrario, dispuesto a continuar en "La Guerra".

Si algo le gustaba era capaz de apuntarse a un bombardeo con tal de conseguirlo. Y viajar fue siempre otra de sus pasiones.

Proposiciones de viaje en coche, por muchas horas que exigieran, aceptaba todas. Ni que decir tiene que las de avión le volvían loco.

En una ocasión, hace ahora algunos años, cuando los aviones de hélice eran los habituales, debía subir al avión para

desplazarse de Barcelona a Bilbao. El vuelo directo existía, pero como le parecía demasiado corto, prefirió volar de Barcelona a Pamplona, de aquí a Santander, para coger luego allí un autobús con el que llegar a Ermua. Tanto le gustaba viajar en avión que siempre lamentó no haber sufrido nunca un secuestro aéreo, para haber podido volar de un aeropuerto a otro en tanto no fuera rescatados.

Luis Mari, no se puede negar que no fue original hasta en los más nimio. Llegó a inventar dos bebidas, el "Montini" y el "Arrupe", bautizadas ambas con los nombres del Papa Montini y el Padre Arrupe, dos conocidos miembros del clero, con respecto al que mantenía sus más y sus menos.

Tanto el "Montini", ginebra con fanta de limón, como el "Arrupe", vermouth, tónica y vino blanco, hubo una época en la que podían pedirse en muchos bares y cafeterías con la seguridad de que los conocían y los servían.

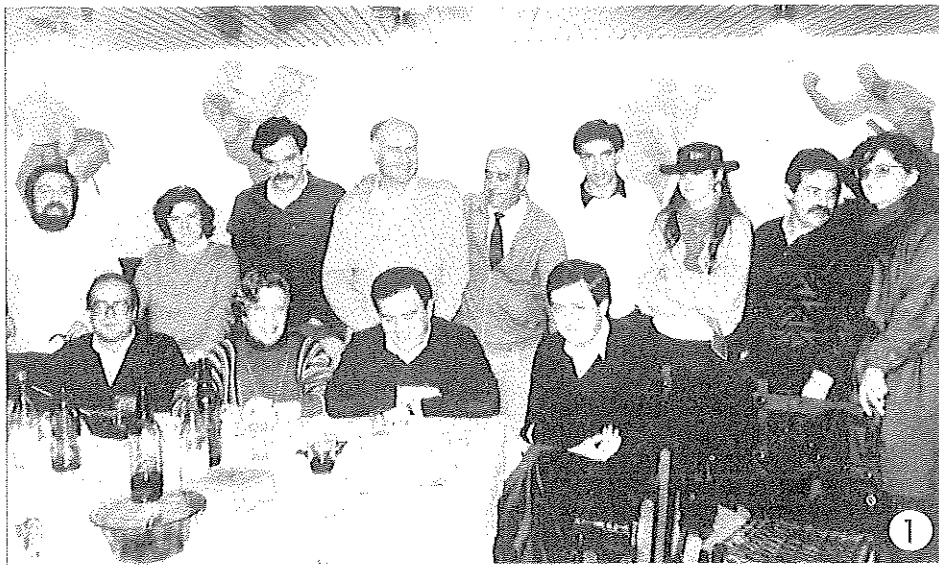


Foto 1: Con Imanol Arias y compañeros de El Correo.

Foto 2: Acompañando a Gorospe, Lejarreta y a organizadores de las Jornadas Micológicas.

Foto 3: Cenando con amigos.



Foto 1: Momentos previos a la excursión de quintos.

Foto 2: En Eibar, con los amigos, dispuesto a romper corazones.

Foto 3: En Torremolinos, con el Ermua, rodando Tiburón.

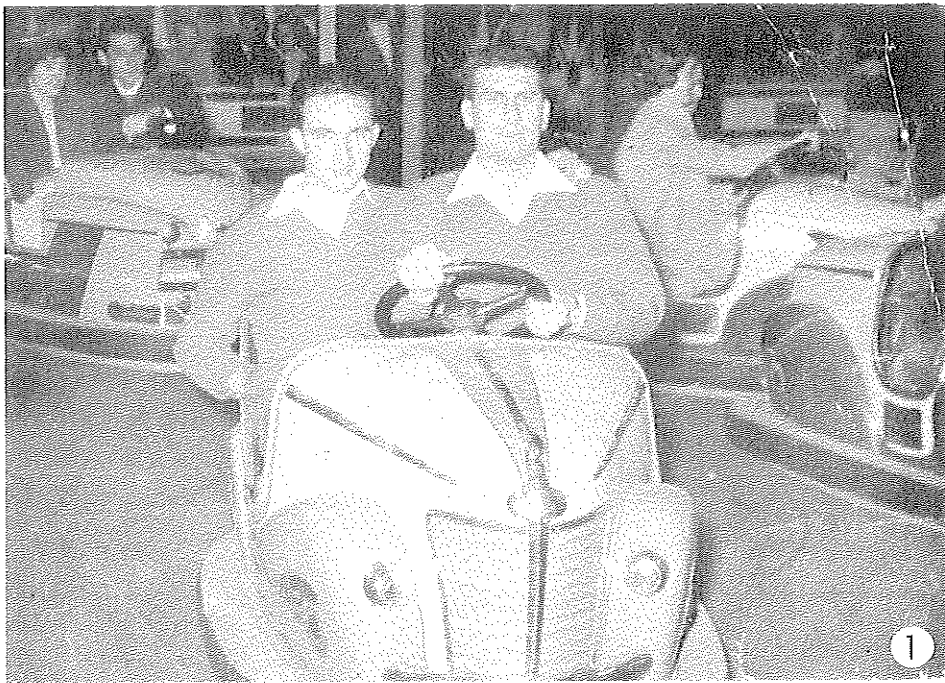


Foto 1: Con Zurdo, su gran amigo, en mitad de un atasco festivo, en Bilbao, en 1952.

Foto 2: En cuanto tenía ocasión, aprovechaba para salir de excursión con los amigos.

Foto 3: Al igual que en la fotografía anterior, en una excursión a Madrid, en 1956.

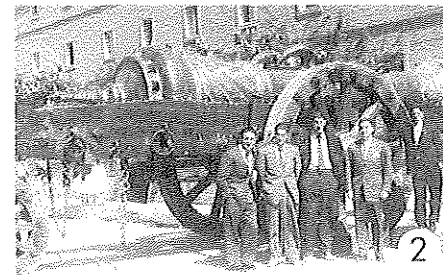
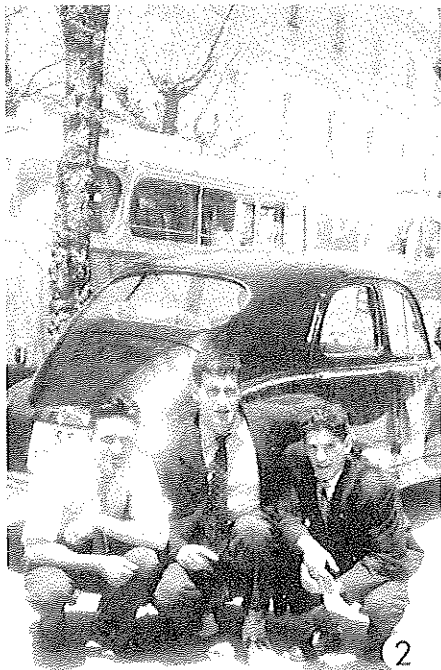


Foto 1: La cuadrilla, con D. Teodoro.

Foto 2: En el viaje a Madrid (1956).

Foto 3: En Valladolid (1958).





Fotos 1, 2 y 3: Con todo lo grande que era, fue capaz de viajar con los amigos hasta Madrid, en un 600. Las paradas para cambiar el agua y refrigerarse, obligatorias.

Foto 4: El San Lorenzo, de regreso de un partido de futbol

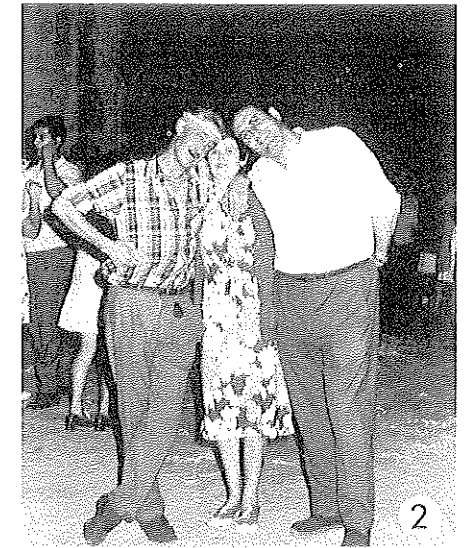
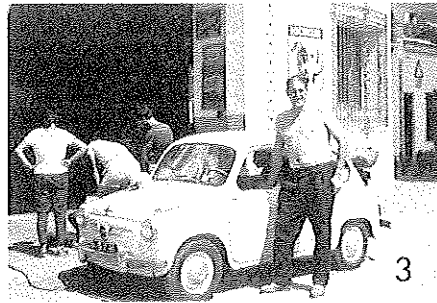
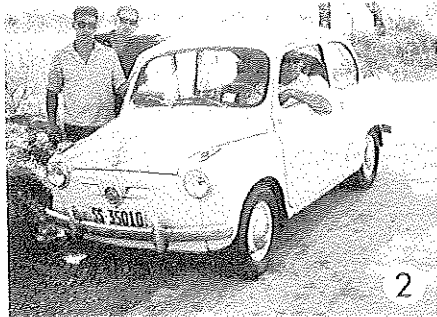


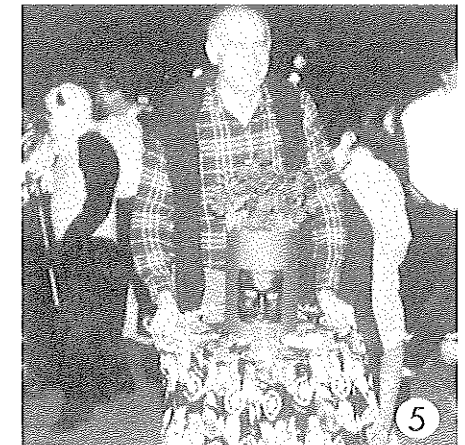
Foto 1: San juanes del 66.

Foto 2: En un baile de Santiagos.

Foto 3: El dúo dinámico, Lorenzo Goitandia y él.

Foto 4: San Fermín, 1958.

Foto 5: En carnavales, acompañando una mesa camilla.





1



2



4



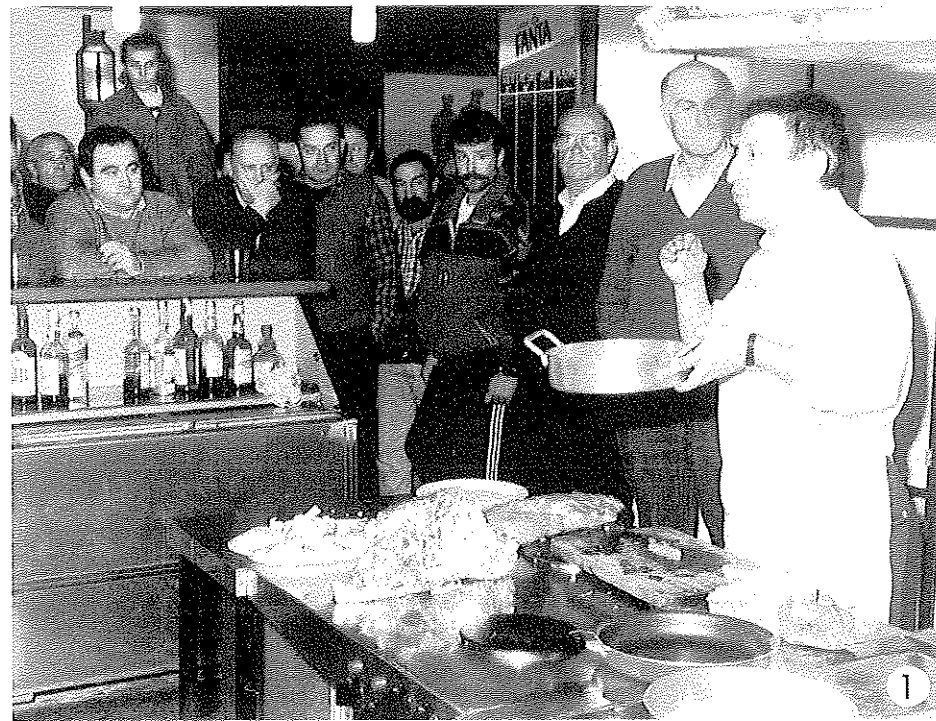
3

Foto 1: De ruta turística en las fiestas de San Juan.

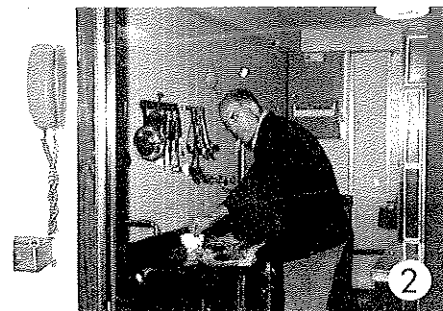
Foto 2: Santiagos de 1970. Concurso de paellas.

Foto 3: Haciendo el indio, digo el chino, en 1969.

Foto 4: Con peluca y amigos, preparando las paelladas de Santiagos de 1980.



1



2



3



4

Foto 1: Tomando nota de la receta de Juan Castillo, en las VI Jornadas Micológicas.

Foto 2: Con las manos en la masa.

Foto 3: ...Y a los postres: música.

Foto 4: Explicando el secreto de los chipirones San Pelayo.

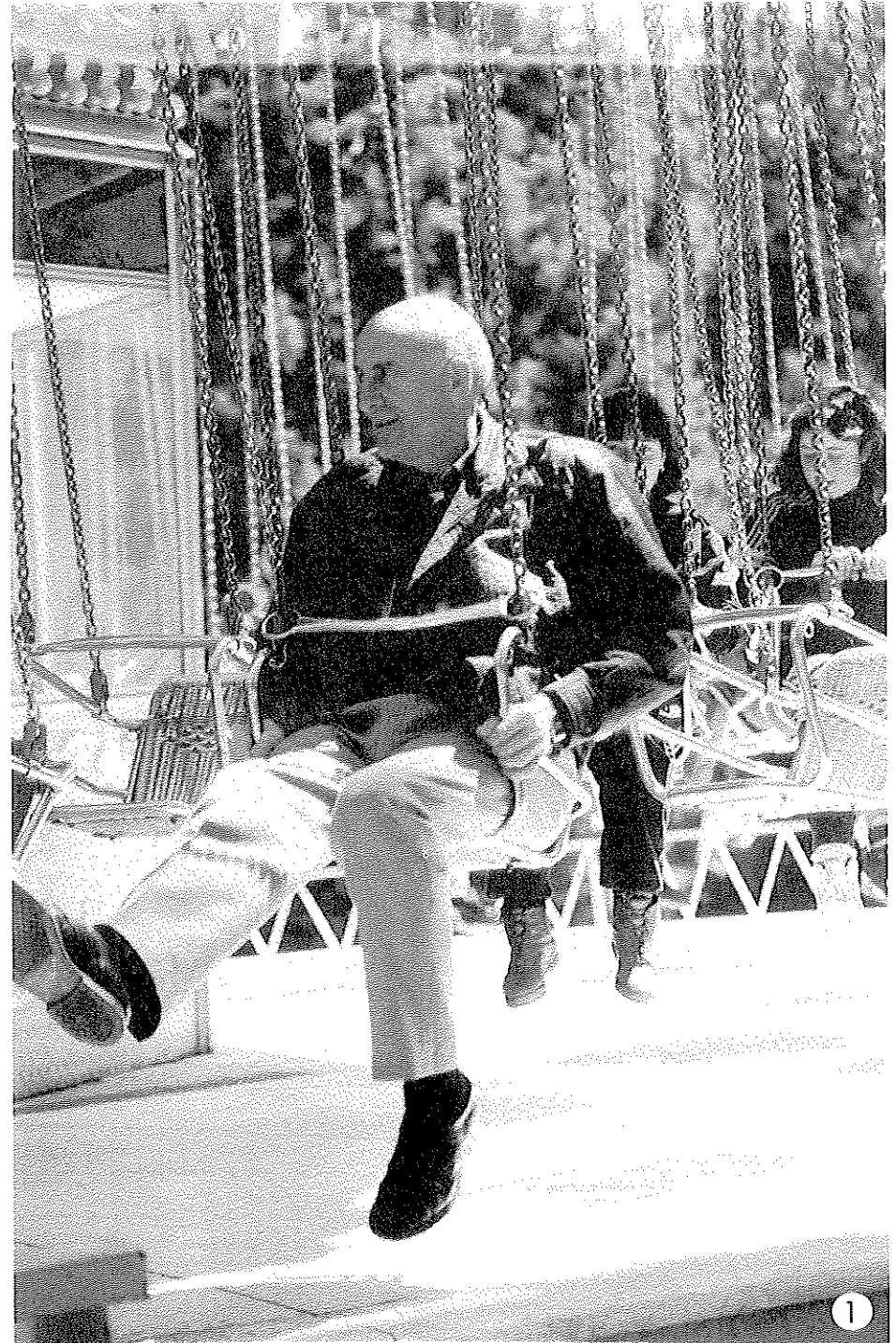
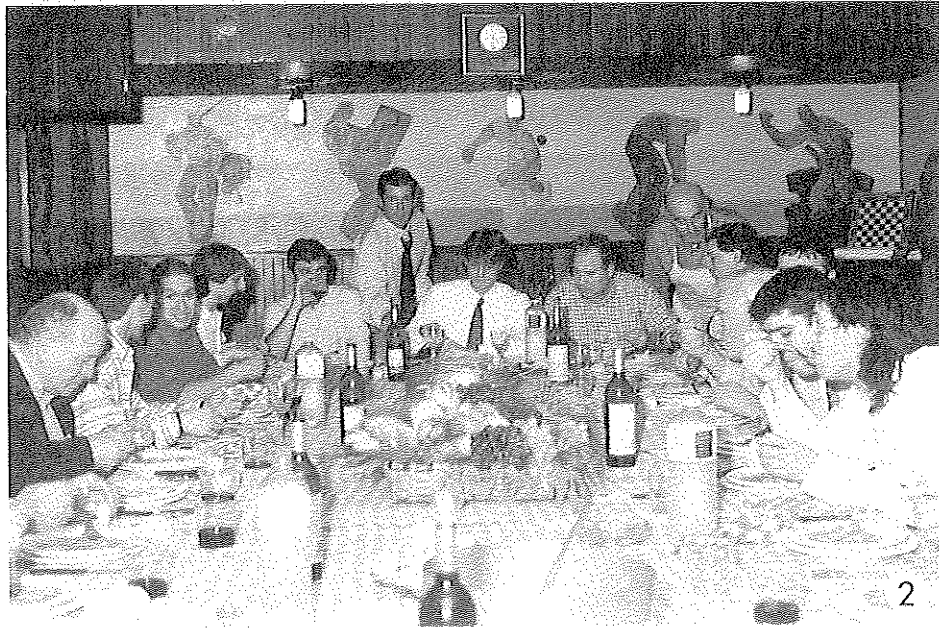


Foto 1: El Rey león, en Madrid, con la manada.

Foto 2: El chef de las VII Jornadas Micológicas, con Julen Guerrero y Mikel zarrabeitia.

Foto 3: Jugando a la Ley de la botella.

Foto 4: Con Arias, Chucho y familiares en la sociedad.



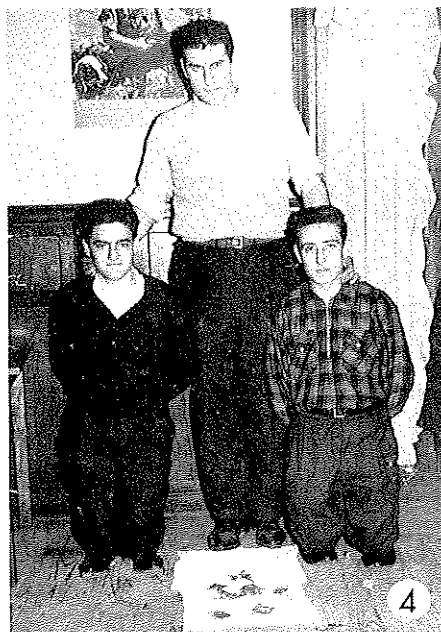


Foto 1, 2 y 5: A pesar del marcapasos a Luis mari siempre le gustaron las emociones fuertes. era un niño grande.

Foto 3: Tras una noche de juerga, afeitarse, prepararse y como nuevo.

Foto 4: Siempre de broma.

PERSONALIDAD

Resultaría muy difícil, casi imposible, dar con un único adjetivo que pudiera definir a Luis Mari, a no ser precisamente ese, el de único, ya que es poco probable que en la historia reciente de Ermua vuelva a existir nadie que destaque tanto como él lo hizo en cada una de las múltiples facetas en las que estuvo dividida su prolífica vida.

Como persona pública que era, tuvo seguidores y detractores, y mientras para unos -la gran mayoría de los que le trataron- fue una bellísima persona, también hay para los que no lo fue tanto.

Luis Mari se mantuvo siempre fiel a sí mismo, a sus principios y en este sentido podría afirmarse que fue "café-café". O blanco o negro, sin medias tintas. Era capaz del mayor de los aprecio, tanto como del mayor de los desprecios. Nunca perdió el tiempo en hipocresías.

Era amigo de sus amigos hasta las últimas consecuencias, pero tenía las cosas claras con respecto aquellos a los que no les profesaba especial simpatía.

Defendió hasta donde era menester aquello que él creía que era justo, sin importarle a quien tuviera que enfrentarse, siempre en el plano estrictamente verbal, eso sí.

En realidad, disfrutaba con la polémica. Discutía por el mero hecho de hacerlo y llevaba la contraria por el puro placer de discutir. Es más, aquellas personas con las que mayores discusiones mantenía acostumbraban a ser, por norma general, las que más quería y apreciaba, como bien sabían los miembros de su cuadrilla. Con las personas que no le gustaban, simplemente ni discutía.

Como amigo y compañero no había igual. Tan pronto culto y amable, como dicharachero y lleno de humor. Sabía como actuar en cada momento y siempre era bien recibido un consejo, un comentario o una opinión suya. Su amplio bagaje personal, sus vivencias y experiencias, enriquecieron las vidas de todos cuantos le conocieron. Y daba igual si topaban con Luis Mari el cocinero, el músico, el compañero del juzgado, el de las tardes de fútbol o el de las cenas de sociedad. El que le conoció siempre supo con qué Luis Mari se iba a topar, porque Luis Mari sólo había uno, aunque repartido en un sinfín de personalidades.

Como un Dr. Jekyll y Mr. Hyde, Luis Mari podía ser la persona más elegante, refinada, meticulosa y ordenada que pudiera pensarse, alcanzando en todos estos aspectos nota muy elevada. Pero podía ser también la persona más vividora, impresentable e informal que quisiera concebirse, cuando la ocasión lo requería.

La principal diferencia estriba en que él sabía en todo momento quién y qué debía ser. Sabía ser serio y sabía divertirse y por eso mismo, tan pronto se presentaba en una boda de alto copete en Marbella, con frac y fajín, como se le veía en una excursión del equipo de fútbol del Ermua, en Torremolinos, con tanga de leopardo.

Llegados a este punto, está de más recordar todo lo que Luis Mari hizo por el municipio. No edificó casas ni escuelas, porque sus obras eran musicales. No legó parques ni plazas,

pero su trabajo se podía leer. No construyó largas avenidas ni carreteras, pero su aportación a la cultura local se mide hoy en día en kilómetros. No labró piedras ni diseñó polideportivos, pero su legado se podía aplaudir. En definitiva, lo que Luis Mari hizo por Ermua fue transmitir a través de los sentidos la pasión que le dio vida. La pasión que alimentó obras de teatro, zarzuelas, festivales, conciertos y corales. La pasión que le granjeó contados enemigos y una innumerable lista de amigos y conocidos.

Escribió para la mente, interpretó para la vista, jugó al fútbol para el cuerpo, cocinó para el gusto y dirigió y cantó para el corazón. Aunque al final nada de lo que hizo fue para su mente, sus ojos, su cuerpo o su corazón. Luis Mari dedicó su vida a sus amigos, a su pueblo, a esa gran familia llamada Ermua, a la que ofreció un legado en forma de música, de deporte y de cultura. Un legado dirigido a los cinco sentidos.

Ahora que se ha ido, vuelven a estar vacías las cinco líneas, el pentagrama en clave de sol, que fue la partitura de su vida. Y no será fácil, nada fácil, reescribir una sinfonía tan compleja y a su vez completa.

Se ha ido un cuerpo y con él varias personas, dejando sin perejil la salsa de la vida diaria de un pueblo. Menos mal que el resto de los ingredientes, por Luis Mari elaborados, mantienen viva la llama de una cocción que permitirá, a buen seguro, continuar degustando gastronomía cultural.

EPILOGO

Este libro, realizado sin más objeto que el de dejar sobre el papel un pequeño resumen de lo que fue la vida de Luis Mari Izaguirre, no pretende, ni creo que lo consiga, ser la biografía que yo, personalmente, como amigo que fui de Luis Mari, hubiera deseado para él.

Soy consciente de que no se ha recogido y reflejado más que una mínima parte de la que creo que ha podido ser una de las personalidades más interesantes que ha dado el pueblo de Ermua en muchos años. Y lo digo porque yo mismo me he sorprendido de la riqueza de vivencias que se escondían detrás del Luis Mari que conocí.

Hombre de muchos oficios, pobre seguro, reza el refrán. Inaplicable, desde cualquier punto de vista, a esta polifacética persona que fue inigualable charcutero, periodista, juez, cantante, director de corales, cocinero, futbolista, entrenador y amigo; sobre todo amigo.

En este pequeño libro, que más pretende ser material gráfico de archivo, las aproximadamente ochenta fotos que se incluyen son lo verdaderamente importante, ya que un somero repaso a las mismas servirá para demostrar con imágenes lo que no estoy seguro de haber llegado a transmitir con palabras: que Luis Mari fue más feliz que la mayoría de nosotros porque consiguió vivir haciendo aquello que verdaderamente le apasionaba. Vivió la vida a su manera y del único modo que sabía, esto es, viviendo para los demás.

Como él solía decir muchas veces, nunca sabremos donde ha ido porque "como nadie manda cartas.... Ahora bien, estoy seguro que esté donde esté, ya sea cielo o infierno, habrá creado una coral, puesto en marcha un equipo de fútbol y estará discutiendo por todo y nada con sus amigos de sociedad.

Incluso aquí, después de muerto, sigue siendo el perejil de

todas las salsas, porque aunque se ha ido, bien que se ha encargado de dejarnos al mando de la organización de un último festival. Un festival honorífico, pero no del pueblo de Ermua a Luis Mari, sino de Luis Mari a Ermua. Con este festival nos demostrará, a título póstumo, que también nosotros podemos dar continuidad a un trabajo cuyas bases marcó él en su día con sainetes, teatros y zarzuelas.

Como ya se habrá dado cuenta el lector, en esta pequeña biografía he obviado señalar que Luis Mari murió un 26 de diciembre de 1994, a causa de una trombosis. Tengo que señalar en mi defensa, que considero infinitamente más importante la vida de Luis Mari que su muerte, ya que esta, cuando se presenta sin avisar, como es el caso, muy pocas veces suele ser bienvenida y no merece protagonismo alguno.

Al margen de esto, solo espero que estas líneas hayan servido a las personas que las lean para hacerse una idea global de quién fue Luis Mari y de lo que supuso para su pueblo natal.

Por mi parte sólo me resta señalar que esta es mi pequeña aportación, mi granito de arena, a los eventos que los días dos y tres de junio de 1995 tuvieron lugar en Ermua, en honor a Luis Mari, en los que tomaron parte masas corales, dantzaris, txistularis, tenores, acordeonistas, músicos, actores y cientos de vecinos.

AGRADECIMIENTOS

A la hora de redactar las páginas de agradecimientos, dos acostumbran a ser las dudas principales que habitualmente se suelen plantear: o escribir una página genérica de agradecimiento con la que se sientan identificadas todas las personas que colaboraron en la realización de este libro, o por el contrario, llevar a cabo una minuciosa recopilación de nombres, en la que hay que poner especial cuidado para no dejar a nadie sin mencionar y evitar así herir susceptibilidades.

Me he decantado por esta segunda opción, aún a riesgo de que la memoria pueda jugarme una mala pasada. Pido perdón de antemano, por si se diera el caso de que no estuvieran todos los que debieran estar, en esta lista en la que figuran los nombres de aquellas personas que han colaborado prestando valiosas fotografías -algunas con más de medio siglo de historia en su interior-documentos de todo tipo, o que le han robado tiempo al tiempo para narrar sucesos y hechos acaecidos a lo largo, ancho y alto de los 64 años y casi dos metros de estatura de Luis Mari Izaguirre Solozabal.

Gracias por una ayuda sin la cual no hubiera podido realizarse este libro a:

Carlos Perez, Lucrecia Izaguirre, Inmaculada Solozabal, Bagoña Elguea, Lorenzo Goitandia, Iziar Izaguirre, Nicolás

Lizundia, Javier Aguirregomezcorta, Jose Antonio San Martin, Mari Nieves Gastón, Jose María Crespán, Armando Benito, Jon Idigoras, Ignacio Pérez, Javier fernández, Iñaki Galparsoro, Alejandro Zubizarreta, Patxi Lopez, Félix Moreno, Gaspar Cerezo, Jon Organbide, María Elena Iturriagagoitia, Victor Orbe, Joseba Idigoras, Jesús Suárez, José Ignacio, María y Juanita Onandia, Emilio Pradera y Pedro Díaz.

Extendemos nuestro agradecimiento a todas aquellas personas que, de una u otra forma, han hecho posible la realización de este libro y que sólo por problemas de memoria han podido quedar sin mención.

